

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

P O R P A R T E S

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

POR PARTES

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

Pranas
Ediciones 



RiL editores

341.481 Latorre-Gentoso, Ítalo

L Dignidad por partes. Reflexiones en torno a la
ética del cuidado / Ítalo Latorre-Gentoso. --
Santiago : RIL editores, 202X.

132 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-1612-3

1 ÉTICA SOCIAL. 2 DERECHOS HUMANOS.



DIGNIDAD POR PARTES.
REFLEXIONES EN TORNO A LA ÉTICA DEL CUIDADO
Primera edición: junio de 2024

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2024
Registro de Propiedad Intelectual
N° 2024-A-1169

© RIL® editores, 2024
© Pranas Chile Ediciones, 2024

SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
☎ (56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición e impresión: RIL® editores
Diseño de portada: Í. L.-G.

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-1612-3

Derechos reservados.

ASEGURAR QUE NUESTRA PARTICIPACIÓN EN EL MUNDO HAGA SENTIR AL RESTO A SALVO

Una de las formas más efectivas y terribles de mantener el control sobre otr*s es por medio de la amenaza, construyendo una tensión continua de inseguridad, de espera permanente a un daño que vendrá, pero que no se sabe cuándo, dónde, cómo. La tortura toma gran parte de su forma en esta tecnología de control, sumisión y terror. Quienes han sufrido estos vejámenes concuerdan que dentro de lo más terrible de la tortura están las amenazas, el «después vienes tú... mañana venimos por ti, tu hija, tu hermano...».

La confusión y desorientación espacial y temporal provocada por vendas y encierros en lugares sin tiempo ni espacio intentan despojar a las personas de su más ínfima sensación de seguridad, de algún punto de referencia que les permita orientarse para así poder conectarse con algún grado de sensación de agencia, de su capacidad de responder. Frente a una amenaza las personas buscamos lugares de seguridad, puntos de referencias que indiquen la posibilidad de estar a salvo y la tortura es la antítesis de aquello, la intención es generar terror. En el sitio de memoria de la Ex Esma en Buenos Aires, se proyecta en la pared: «Terror es no saber de dónde viene el miedo». Y esto se sostiene en el tiempo a través de diversas expresiones como la permanente amenaza a la denuncia, el silenciamiento, la construcción de un contexto basado

en la negación, la minimización y la justificación desde el cual se avergüenza, culpabiliza y silencia, promoviendo el *secreto bajo amenaza*, reduciendo las posibilidades de alzar la voz encontrando algún contexto que haga justicia al reclamo.

Todo esto me ha permitido comprender los mecanismos de control del abuso, los cuales exceden a los campos de concentración derivándose a territorios de lo cotidiano en los cuerp*s de personas que terminan naturalizando el terror, esto es, que asumen este *miedo que no saben de dónde viene* como si fuera una característica personal o una expresión de su forma de ser, su naturaleza humana o alguna patología mental que le impusieron como explicación de su experiencia y su protesta; estas son formas de privatización y aislamiento de las experiencias y de los cuerp*s.

Pero el miedo *nunca* viene de ninguna parte, es siempre la identificación de que algo no está bien, de que algo está siendo peligroso, injusto, amenazante... por eso el miedo vuelto terror es a su vez siempre una forma de control social al servicio de sostener algún privilegio de algún grupo humano (hegemónico).

Ejemplos cotidianos hay muchos. La mujer que teme denunciar por pensión de alimentos al padre biológico de sus hij*s para «no empeorar las cosas»; la persona que tiene tensión permanente con sus compañer*s de curso porque en cualquier momento puede venir la humillación, la agresión, la burla, la invisibilización o el maltrato; el trabajador con su colon inflamado cada vez que su jefatura anda cerca ejerciendo vigilancia castigadora y coerciva; la persona que prefiere no salir a comprar su comida porque no quiere las bromas, los comentarios o las miradas del vendedor del bazar; cuando el silencio de alguien es su mejor opción frente al juicio o la ridiculización, no pudiendo articular ante el mundo su legítima expresión. Esto tiene a las personas en un permanente estado de alerta, de cortisol elevado más tiempo del que puede declararse como sano, preparándose para saber cómo defenderse, ensayando formas de responder frente a posibles agresiones, anticipándose de manera continua al mundo y su hostilidad, viviendo en una constante, indigna e indignante intranquilidad.

Esa donde el papá biológico mantiene su comodidad y libertad de acción sometiendo a la mamá de sus hij*s, no pagando la pensión o definiendo él un monto habitualmente miserable; en que los compañeros de curso pueden validarse con otros en su masculinidad violadora demostrando su capacidad de indiferencia y frialdad frente al dolor de otre; en la que la jefatura explota a sus trabajador*s para poder escalar a mejores puestos y salarios; donde el vendedor del bazar demuestra *su calle* frente a otr*s en base a la humillación, pues cuando está solo se comporta de manera diferente; en la que unas voces valen más que otras y se opera en base al silenciamiento, la imposición y la ausencia de escucha para seguir sosteniendo la autoría primaria de los discursos que dan forma al mundo...

Creo que mientras más lugares de poder, ventaja y privilegio habitemos y ejerzamos se vuelve más probable olvidar esto, dejar de verlo u optar por ignorarlo. Y más daño podemos hacer haciendo de hecho muy poquito. Esos lugares que hacen creer falsamente que no necesitamos del resto para vivir nuestras vidas.

En terapia, una mujer de 49 años quien ha vivido múltiples abusos (eso que se ha comercializado como «trauma complejo») me contó que por fin se estaba logrando liberar de esa tensión permanente, de los pensamientos constantes de violencia, de las pesadillas llenas de imágenes de abuso y de las ideas descalificadoras que invadían su mente. Esta mujer tenía un diagnóstico de bipolaridad y trastorno límite de la personalidad y era bien curiosa con su diagnóstico, buscaba información para comprender aquello que le sucedía. De pronto me dijo, «Ítalo, creo que ya no soy bipolar ni limítrofe, porque ya no calzo con la descripción que hacen de esas enfermedades» y me narró una historia: «estuve en una fiesta familiar, el cumpleaños 90 de mi papá. No quería ir, tenía el estómago apretado desde que supe que estarían esos tíos y primos. Tuve sueños horribles y mi cabeza estaba casi entera ocupada en pensar en este evento, no paraba, mi cabeza no paraba, me imaginaba cómo responder si mi primo iba a abrazarme o si mi tío me quería saludar de beso. Mi hermana dijo que no iría y hubo todo un problema familiar, pero yo decidí ir, hablé

con mi hermana Verónica [quien también había sido abusada por este tío y sus primos] y le expliqué que para mí era súper respetable que ella no fuera y que tenía todo mi apoyo, pero que a mí me haría peor no ir y que iría por ambas, como una forma de hacer justicia por las dos. Antes no sabía qué me pasaba, ni siquiera me acordaba lo que me habían hecho ni lo que me había pasado, yo pensaba que yo era así, enferma, que era mi personalidad limítrofe, mi forma de ser. Desde que empecé a recordar, además de sentirme horrible al comienzo, pude empezar a nombrar cosas, a identificar caras, como alguien que reconoce la foto de su violador en un retrato hablado... entonces, desde ahí que ya sé que no es que yo esté loca o amargada ni que esté enferma ni dañada, sino que este malestar y sufrimiento siempre fueron una forma de *rehusarme a olvidar*... “ni perdón ni olvido”, como te dije la otra vez. Ya no siento culpa, sí asco, pero de ellos, no de mí. Estuve en el cumpleaños, no fue grato, no fue fácil, pero por primera vez me sentí fuerte y me di cuenta en la práctica, ahí en terreno, con ellos frente a mí, que no me habían robado nada ni quitado mi dignidad ni nada, ellos no me quitaron nada, yo siempre he estado entera y son ellos a quienes les falta dignidad... dentro de todo me dan pena, pero eso no me hace responsable de ellos. Sigo soñando cosas, pero cada vez menos y ahora es diferente. Como lo hablamos, antes los sueños eran con mucha angustia, pesadillas, despertaba muy mal. Ahora, aunque algunas imágenes sean fuertes, asquerosas, horribles, no despierto angustiada ni asqueada de mí ni con esa sensación horrible de culpa. Es como si ya no me dieran miedo, es como haber recuperado mi vida de las manos del abuso. Sigo en esto, comprometida con mi vida y la de mi hermana y pensando qué más hacer y cómo, porque no quiero que ellos le hagan daño a otras personas, a otras mujeres, a otras niñas o niños. Creo que haber podido nombrar las acciones abusivas, humillantes y haber reconocido mis formas de responder, saber que nunca fui pasiva y que sigo resistiendo y que nunca lograron despojarme de mí misma, de mi vida ni de mi futuro, me salvó la vida. Me debo la vida y estoy

orgullosa de mí y de las personas que nunca me abandonaron ni juzgaron ni culparon ni avergonzaron y que caminaron junto a mí»⁴.

Entonces quizá caben algunas preguntas urgentes...

¿Cómo volverse *un punto de referencia* de seguridad para el resto?

¿Cómo promovemos relaciones de doble vía, de reciprocidad directa o indirecta dónde construyamos territorios seguros y nos sintamos a salvo (en lugar de salvarse cada uno)?

¿Cómo sería un mundo en el que la principal ética relacional tuviese su base en hacer que las personas que nos rodean o que se ven impactadas por nuestras acciones, palabras o ideas, se volvieran personas cuya existencia es legítima, respetada, cuidada y promovida?

¿Qué nos veríamos haciendo diferente en el día a día si este fuese el piso donde caminamos? No sólo con las personas y las comunidades que nos rodean, sino también con el mundo entero, sus árboles, animales, oxígeno...

¿Qué sería de nuestra propia imagen frente al reflejo limpio del agua de los ríos, lagos y mares si de pronto fuéramos capaces de percatarnos de que nuestra breve existencia hace que la breve existencia del resto sea una en que la brevedad se volviera un continuo? ¿Cuánta brevedad se vería desafiada? ¿Cuánto miedo disuelto? ¿Cuánto terror se volvería memoria histórica de tiempos que Nunca Más querríamos vivir?

La dignidad es subversiva. Asumiendo la tortura como ejemplo paradigmático del abuso y el abuso como exactamente lo contrario a la dignidad: si el abuso aísla, *¿cómo podemos hacer todo lo contrario y encontrarnos, vincularnos en torno a lo que nos importa en la vida?*; si el abuso promueve sensaciones de culpa, vergüenza, miedo e inseguridad permanente, *¿cómo podemos asegurar que nuestras relaciones sean de rendición de cuentas, de seguridad, de cuidado, de consentimiento, de ternura, de interés por la vida de*

⁴ Este es un «contradocumento narrativo». En la terapia narrativa creamos estos documentos para «rescatar lo dicho de lo que se está diciendo» y construir memoria de los saberes, habilidades, aprendizajes, pasos, iniciativas y relatos preferidos de las personas. Este en particular no tiene palabras mías, sólo de ella, literales. Muchas de las frases son respuestas a preguntas que le fui haciendo en relación a su experiencia. Las preguntas están implícitas en el texto.

*la otra persona, de cariño, de admiración, de respeto?; si el abuso promueve la confusión y la desorientación que intenta secuestrar el sentido de poder moverme en el mundo con cierta seguridad, ¿cómo podemos hacer de manera colectiva exactamente lo contrario?, ¿cómo podríamos volvernos nosotr*s mismos lugares de orientación, claridad y denuncia?*